

en el año mil novecientos diez, cuando la  
 revolución en México,  
 las entonces consideradas enormes  
 huelgas del Sarre y Liverpool,  
 susuelto el acre humo de los incendios de  
 la Semana Trágica de Barcelona,  
 mientras los poderosos **trusts** empezaban  
 a proyectar la construcción de  
 los primeros y bellísimos  
 aeroplanos en serie  
 le cara ya al negocio que hoy se llama la  
 Primera Gran Guerra,  
 en diecinueve de diciembre, oigan, al caer  
 Sagitario, en el umbral de un  
 invierno que cuentan fue muy  
 duro  
 —su signo, el fuego; su planeta, Júpiter;  
 energía y sapiencia—  
 en el campamento militar de Columbia,  
 al otro lado del río Alendrares,  
 casi en la misma Habana,  
 nació un niño al que luego, entre oraciones,  
 alegría de turno y tibias aguas  
 imposieron los nombres de José, de María,  
 de Andrés y de Fernando.  
 Era su padre el coronel Lezama y Rodda,  
 ingeniero artillero que murió en Fort  
 Barrancas, Pensacola, de unas  
 fiebres malignas,  
 y su madre la dulce Rosa Lima y Rosado,  
 hija de una familia que luchó muchos años  
 cuando la independencia de la  
 Colonia, y conoció el exilio,  
 y comió el duro, amargo y negro pan del  
 desterrado.

Ah, qué fácil resulta decir ahora que el débil muchacho que ha crecido como una inmensa ceiba y que mientras escribe alivia los tabacos interminablemente, se formó, ya en sus juegos en los patios traseros de cuarteles y sofocantes explanadas, bajo aire y disciplina militar, viendo los ejercicios de aquellos soldaditos medio West-Point y medio de zarzuela, en los días insólitos de una República alegre y confiada. Pero no ocurrió así y hoy Lezama conserva tan sólo de su infancia el singular recuerdo de una hermosa retreta floreada, de un desfile brillante en medio de señoritas con loro y abanico, o una imagen de crines y banderas que en su memoria ondean todavía. Muerto el padre, el muchacho y su familia se trasladan al domicilio de la abuela materna, y allí viven diez años entre libros, jarrones, mecedoras y un amor torturante por su reino perdido, mientras se agrava el asma que el chico sufre desde que iba en pañales. Así comienza a leer, en las convalecencias con olor a eucaliptus y miel virgen, toda clase de obras, desde el Quijote a La Isla del Tesoro, y cuando cede el asma, con cartera y plastrón y zapatos de un negro de ala de aura, como buen bachiller, estudia silogismos y ecuaciones de segundo grado en tanto que la Europa de entreguerras baila furiosamente el charlestón, y en Norteamérica crecen enormes las colas delante de los primeros cines.

Años después, el veintinueve, de inausta  
y cruel memoria para el mundo  
cristiano —no lo olviden, el  
**crac**—,

el joven y su madre habitan nueva casa  
en una dirección que hoy conocen  
hasta los gatos más tontos de la  
isla:

calle de Trocadero 162, Habana Vieja.

Habana Vieja, vida nueva y vuelta a  
comenzar con la estrechez y el  
asma

y estudios de leyes en la Universidad, en  
donde participa del lado de la  
muerte, como él dijo,

en la rebelión contra el gobierno de  
Machado.

Por ese tiempo le alcanza, como un rayo de  
luz, entre las mil lecturas de  
otros clásicos,

el cuchillo de Góngora, que punza, hiere y  
ordenando coloca jerarquías;

después siguen Rimbaud, Mallarmé,  
Valery, el gigantesco Proust y  
también Lautremont,

y el repaso y rescate de los poetas de  
Cuba, desde el hondo y remoto  
Silvestre de Balboa,

hasta el vaso violeta de Julián del Casal;  
y también Eliot, Pound y especialmente  
Juan Ramón Jiménez

con el que departió largamente cuando  
su viaje a la isla.

Lezama, ya convicto y confeso de poeta,  
mientras sigue estudiando en  
los cafés

y gasta el pavimento de las mil librerías de  
viejo de su barrio,  
inicia la era de las fundaciones: las  
revistas **Verbum**,

**Espuela de plata** y **Nadie parecía**, del año  
treinta y siete hasta el cuarenta  
y cuatro.

El poeta, ahora graduado, trabaja en un  
bufete y ha publicado **Muerte**  
**de Narciso**,

**Enemigo rumor** y los espléndidos poemas que forman **Aventuras sigilosas**, cuando, junto a José Rodríguez Feo, emprende la obra poética más temeraria y lúcida que se vio en el Caribe

que es imprimir la joya repetida que fue **Orígenes** en sus cuarenta números:

toda la poesía del mundo en unas cuantas páginas.

Más tarde escribe **La fijeza**, con el gran mulo rapsodiado y el invisible arco de Viñales,

y rompiendo clausuras salta tierra adentro hasta un México que tanto conocía sin salir de su casa, y enseguida comprueba en otro viaje que era cierta su imagen de Jamaica como una isla de sueño y podredumbre.

Escribe prodigiosos ensayos, come como un caimán y lee más que nunca —oh endriago reposado, ballenato de amor, cómo lo haría—

y van apareciendo los primeros capítulos de **Paradiso**, que abrasan el papel bajo su pluma y a él mismo purifican.

Pero en medio de todo, Lezama huele el aire cargado de presagios, adivina que está por terminar el banquete siniestro de los años cincuenta, y sabe que un país sometido sólo alcanza el triunfo si le mueve a pelear la dignidad,

porque el hambriento sigue comiendo de su hambre y el miserable traga los desperdicios y agradece la mano que la humilla,

pero el loco, el poeta, ese combate y vence por amor.

Después de los años terribles de furia y de cadáveres tendidos en los parques

va por la calle Trocadero pasan los primeros  
 barbudos entre palomas y  
 banderas,  
 seguidos de muchachos, de viejos, de  
 mulatas y negros relucientes y  
 bellísimos,  
 él comprende muy pronto que su sitio  
 está allí, en la Habana Vieja,  
 con su libreta de racionamiento y su asma,  
 y con todo el amor que ha acumulado por  
 esa isla terrible y hermosa que  
 es su patria  
 a la que tantos negarán más tarde al  
 conocer su verdadero rostro.  
 allí sigue, leyendo y escribiendo entre  
 grandes montones de papeles,  
 y ya nadie, ni el que se fue ni el que se  
 queda y miente,  
 ni el que no comprendió y aún sigue sin  
 ver claro,  
 podrá hacer que equivoque el camino o  
 confunda la historia,  
 historia que algún día sus amigos deberán  
 celebrar  
 con un festín de quince o veinte platos y  
 vinos increíbles  
 en homenaje al poeta que alivia los tabacos  
 interminablemente,  
 al mago, al terco mulo, al asmático insigne,  
 al ruiseñor barroco que nació el año diez,  
 al caer Sagitario,  
 en el umbral de un invierno que cuentan fue  
 muy duro, amor, amor.

**José Agustín  
Goytisolo**

**95**